

El triunfo de la tradición flexible. La celebración de la identidad fallera a través de la Ofrenda de Flores a la Virgen de los Desamparados de Valencia

(The triumph of flexible tradition. The celebration of the identity of the "Fallas" by means of the Offering of Flowers to the Virgin in Valencia)

Hernàndez i Martí, Gil-Manuel

Univ. de València. Dpto. de Sociología i Antropología Social.
Avinguda dels Tarongers, s/n. 46022 València

BIBLID [1137-439X (2006), 28; 125-146]

Recep.: 10.11.04

Acep.: 15.03.06

El artículo analiza la flexibilización de una tradición inventada como la Ofrenda fallera a la Virgen de los Desamparados. Si durante el franquismo la Ofrenda exaltó el nacionalcatolicismo, con la secularización acelerada se ha transformado en un ritual de la exaltación de la identidad fallera y valenciana, al tiempo que se inserta en la proyección turística internacional de Valencia.

Palabras Clave: Fiesta. Identidad. Tradición. Ritual. Globalización.

Tradizio asmatu bat -Desanparatuen Ama Birjinari falleroek egin ohi dioten Eskaintza- nola malgutu den aztertzen da artikulu honetan. Frankismoaren garaian Eskaintzak nazionalkatolizismoa goraiatu bazuen ere, sekularizazio prozesu bizkorra dela eta, fallen eta Valentziaren identitatea goresteko erritu bilakatu da, eta aldi berean Valentziaren nazioarteko proiektio turistikoaren barrenean kokatu dute.

Giltza-Hitzak: Jaia. Identitatea. Tradizioa. Erritua. Globalizazioa.

L'article analyse la flexibilisation d'une tradition inventée comme l'Offrande des «falles» à la Vierge des Délaissés. Si durant le franquisme l'Offrande glorifia le nationalcatholicisme, avec la sécularisation accélérée elle est devenue un rituel de l'exaltation de l'identité «fallera» et valencienne, en même temps qu'elle s'insère dans la projection touristique internationale de Valence.

Mots Clés: Fête. Identité. Tradition. Rituel. Globalisation.

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo pretendemos mostrar la flexibilidad de las tradiciones en la modernidad avanzada a través del estudio de un caso paradigmático: la invención y transformación del ritual de la Ofrenda de Flores a la Virgen de los Desamparados, que se celebra en el marco festivo de las Fallas de Valencia.

Para ello, en primer lugar procedemos a caracterizar la fiesta de las Fallas, enmarcándola en unos orígenes carnalescos de marcado carácter trasgresor, laico y popular. Una fiesta que desde comienzos del siglo XX es progresivamente redirigida hacia la unánime celebración ritual de la identidad valenciana. En segundo lugar recordamos que en el contexto del proyecto resacralizador que caracterizó el nacional-catolicismo franquista, las Fallas fueron sometidas a una intensa recristianización, especialmente a partir de la invención y desarrollo del festejo de la Ofrenda de Flores a la Virgen de los Desamparados en 1945. Progresivamente, la Ofrenda fue creciendo hasta convertirse en los años sesenta en el acto central de la fiesta fallera. Posteriormente, con la aceleración del proceso de secularización y modernización social, la "tradición" de la Ofrenda se fue transformando y flexibilizando. Su formato original de ritual religioso tradicional inscrito en unas determinadas coordenadas ideológicas, se metamorfoseó para generar un ritual de exaltación cívica de la identidad fallera y valenciana, inscrito a su vez en el doble contexto de una transición política problemática y la promoción turística internacional de la ciudad de Valencia. Es en esta tercera transformación donde centramos el último tercio del trabajo, ya que ilustra un proceso similar al experimentado por otros rituales festivos durante la modernidad avanzada.

1. LAS FALLAS: DE LA TRASGRESIÓN A LA INTEGRACIÓN

En otros trabajos ya nos hemos ocupado de la instrumentalización política de la fiesta de las Fallas por parte del régimen franquista (Hernández i Martí, 1993; 1996a). Por ello aquí tan sólo subrayaremos el factor de integración que significó el franquismo, al aplicar una política tendente a desactivar los elementos de trasgresión latente existentes en las Fallas. Con todo, debe reconocerse que dicha política de integración ya había sido inaugurada por la burguesía local valenciana a finales del siglo XIX, cuando era evidente que las tácticas de represión y prohibición de las fallas, en tanto que ácida manifestación popular de crítica moral y política, no obtendrían resultados eficaces. Para neutralizar o minimizar la violencia simbólica inherente a la sátira de las fallas decimonónicas, las fuerzas dirigentes recurrieron a estrategias de transformación más sutiles. De este modo, la política de prohibir o obstaculizar la práctica de las fallas fue sustituida por la institución de premios y el fomento de las fallas artísticas. Mediante la reconversión esteticista que primaba los valores formales y la creación de un programa de festejos oficial se propició la aparición de fallas apologeticas de la identidad valenciana y las díscolas fallas de antaño fueron reconvertidas en la moderna fiesta de las Fallas.

Durante los años veinte y treinta se aceleró el proceso integrador de la fiesta, en el sentido de *integrarla* en los intereses político-culturales de las clases dirigentes locales. Se incentivó la fiesta como reclamo turístico, se fomentó la entrada de los monumentos falleros en la esfera del arte oficial, se crearon rituales donde se subrayara el vínculo entre fallas e identidad valenciana y se intensificó la organización institucional de la fiesta. Nacían así las Fallas como fiesta máxima de la ciudad, expresión unánime de una *communitas* urbana que a través de la falla emprendía la celebración reflexiva de su propia identidad. Como ha destacado Ariño (1992), las Fallas conseguían plantearse como una auténtica liturgia civil del valencianismo temperamental, a modo de religión civil de la modernidad valenciana¹.

A la altura de 1936, la fiesta fallera constituía no sólo una expresión paradigmática de la valencianidad, sino que la condensaba, transmitía y fijaba a través del catafalco (falla física), el himno regional (*Himne de l'Exposició*) y la bandera de la ciudad (*Senyera Reial*). Orladas, envueltas y multiplicadas por las programaciones y grandes actos oficiales, las fallas-catafalco crecían en número y con ellas decenas de comisiones que extendieron sobre la retícula urbana una trama asociativa, germen incipiente del futuro colectivo fallero, y bases fieles del culto festivo a "lo valenciano"².

Sobre la matriz de este valencianismo temperamental, en el que no sólo intervenía el poder político, se estaban forjando, ya en los años treinta, las potencialidades de un valencianismo fallero, que identificaba las Fallas como gran crisol de tradiciones valencianas, desplegando para ello todo un discurso apologético, narcisista y exaltador de las "glorias valencianas". Las Fallas no constituían exclusivamente la máxima expresión de valencianidad, sino que la mediación simbólica del colectivo fallero constituía a éste mismo como grupo cualitativamente relevante: la esfera selecta de los más sentidamente valencianos entre los valencianos.

1. Para este autor:

"La falla no es ya un rito instrumental que gravita alrededor de una significación trascendente, sino que encuentra su sentido y razón de ser, por una parte, en el juego satírico y la afirmación de la identidad vecinal y, por otra, en la expresión de la pertenencia étnica. La transitividad simbólica se resuelve en reflexividad; el ritual fallero del siglo XX no celebra ya la vinculación con un patronazgo religioso, aunque este significado podría ser importante para determinados grupos sociales, sino que evoca la pertenencia y adscripción de todos los valencianos a una 'communitas' común, y expresa el valor de otorgarse a esta solidaridad primordial. A esta vivencia, que se sitúa en un plano pre-político, que imagina la existencia de lazos trans-sociales más decisivos, auténticos y profundos que los vínculos de la estructura social imperante, es lo que hemos denominado valencianismo temperamental" (Ariño, 1993: 87).

En todo caso, la tesis sobre las fallas como expresión del valencianismo temperamental están expuestas en Ariño (1992): *La ciudad ritual. La fiesta de las Fallas*, Barcelona: Anthropos.

2. La fiesta de las Fallas se sustenta a partir de los años veinte del siglo XX en una amplia trama de comisiones formalizadas, que sustituyen a los grupos informales vecinales que comenzaron a construir fallas en el siglo XVIII. Estas comisiones, cada vez más organizadas, estructuradas y estables, demarcaban simbólicamente un territorio urbano formado por varias calles y plazas, y aparecen como un espacio de sociabilidad intermedio entre la familia y el barrio.

Durante los años de la Segunda República la pluralidad de la fiesta continuaba siendo evidente, como demuestra el hecho de que las fallas y las comisiones falleras proyectaran en buen número de casos mensajes en sintonía con el republicanismo, el anarquismo, el populismo o el autonomismo valencianista. Aunque la censura nunca dejó de actuar seguía existiendo todo un sustrato de cultura popular contestataria en las fallas que el reformismo burgués no había podido eliminar o asimilar. Y buena prueba de ello es que tras el Alzamiento del 18 de julio de 1936 las comisiones falleras en bloque apoyaron a las fuerzas de la República. Tras la Guerra Civil, el nuevo régimen franquista procedió a la totalización festiva de las Fallas, esto es, las puso al servicio exclusivo de sus presupuestos ideológicos y objetivos políticos. Dicha totalización, que eliminaba los elementos de pluralidad, disidencia y crítica, ayudó a conformar con el tiempo una ortodoxia festiva, que hacía de las Fallas un tótem sagrado de la identidad valenciana, al tiempo que convertían en tabú cualquier intento por cuestionarlas en su nueva conformación.

Para conseguir los objetivos de definitiva integración de las Fallas en el universo cultural del régimen, sus extensiones políticas locales implementaron varios ejes de actuación; la potenciación de un discurso armonicista y supraclasista, que convertía las Fallas en ejemplo de superación de los conflictos sociales; la implementación de una serie de discursos y rituales que reforzaran la orientación nacional-católica del régimen; la consolidación de una estética barroca monumentalista y la eliminación de otros estilos y concepciones estéticas; el fomento de una ideología alrededor de la mujer fallera como paradigma ejemplar de la mujer tradicional al servicio del hombre; y en último lugar, el cultivo controlado de un valencianismo fallero que a base de subrayar el regionalismo fraternalista reforzara el discurso de la unidad monolítica de la identidad española. De resultados del primer eje de actuación se consolidó la imagen de una comunidad fallera compacta por encima de las diferencias sociales, concretada en la comisión fallera "apolítica"; por lo que se refiere al nacional-catolicismo, se promovieron nuevos rituales masivos como la Ofrenda de Flores a la Virgen de los Desamparados, a la que nos referiremos seguidamente; en cuanto a la reproducción de la estética dominante, ésta se aseguró mediante una política de premios y el control corporativo de los artistas falleros; por lo que se refiere al culto a la mujer fallera, se plasmó en la promoción y consagración de la figura de la Fallera Mayor; finalmente, el valencianismo fallero fue regulado sin demasiados problemas al subrayar el matiz "sanamente" regionalista de la expresividad ritual fallera (Hernández i Martí, 1996b). En este contexto, profundamente marcado por el giro integrista del nacional-catolicismo, se inventó el festejo de la Ofrenda de Flores. En él convivieron desde primera hora dos componentes: el de exaltación religiosa tradicional (predominante durante los años cuarenta y cincuenta y en decadencia después); y el de autoafirmación del valencianismo temperamental y de la identidad fallera (a partir de los años setenta). El tránsito de un componente a otro vino definido por una metamorfosis que, coincidiendo con el despegue de la modernización y la secularización, relativizó los aspectos católicos de la Ofrenda y incentivó sus perfiles espectaculares.

2. LA INVENCIÓN DE UNA TRADICIÓN: LA OFRENDA DE FLORES A LA VIRGEN DE LOS DESAMPARADOS

La Ofrenda de Flores a la Virgen de los Desamparados tiene su antecedente más inmediato en la Fiesta de la Clavariesa. Creada en 1941, ésta consistía en una visita y pequeña ofrenda de flores que el 19 de marzo, día de San José, realizaban grupos de falleras ataviadas con traje de labradora y mantilla al interior de la entonces todavía Capilla de la Virgen de los Desamparados. Posteriormente, se formaba una caravana de landós, con las falleras a bordo, que se dirigía a ofrecer panes bendecidos a las primeras autoridades capitalinas. La Fiesta de la Clavariesa volvió a repetirse en 1942 y 1943, si bien en 1944 fue sustituida por el bautizo del niño más pobre nacido en Valencia el 13 de marzo. Debe observarse, por tanto, que el festejo embrión de la Ofrenda era un acto con protagonismo exclusivamente femenino y de dimensiones reducidas.

La Ofrenda de Flores nació el 17 de marzo de 1945, cuando con motivo de la arribada a Valencia del “Barco Fallero” J.J. Sister, fletado por la Casa de Valencia en Barcelona, un grupo de “bellezas falleras” acudieron a recibir al buque en el puerto. Más tarde, y partiendo del Puente de Aragón, se organizó una comitiva de comisiones falleras que desfilaron hasta la Basílica de la Virgen, donde se realizó una ofrenda floral y se cantó una *Salve*. El cortejo de comisiones falleras lo completaban las “bellezas falleras” de Madrid, Barcelona, Alicante y Castellón, con sus cortes de honor, el alcalde de la ciudad y los componentes de la Junta Central Fallera. Una vez en el templo el capellán pronunció una plática y las falleras depositaron sus ramos de flores en las gradas del altar. Al salir del templo, ya en la Plaza de la Virgen, los asistentes entonaron el “Valencia canta” para redondear el acto³. En la edición de la Ofrenda de 1946 participaron 3.000 falleras y 150 comisiones de falla, y en 1947 el acto pasó a tener rango superior y oficial, hasta el punto de que la Basílica pudo ser ocupada por autoridades, organizadores de la fiesta, presidentes y falleras mayores de las comisiones. Para magnificar las dimensiones del acto, en 1949 se decidió trasladarlo del interior de la Basílica a la fachada del templo, donde se fue componiendo un gran cono con los ramos de flores de las falleras. De esta forma se perseguía fomentar el perfil multitudinario de la Ofrenda mariana, lo que ciertamente constituía una novedad en el ritual fallero, ya que como expresión secular de la identidad local

3. Según escribía en 1951 el articulista Godofredo Ros Fillol, la idea de la Ofrenda se la sugirió el poeta Leopoldo Aguirre Verdeguer al presidente de la Junta Central Fallera, Luís Martí, en 1944. Se trataba de que

“cada comisión de falla, en el día y hora en que se acordase o señalase la Junta Central Fallera, acudieran con las falleras al frente de la Capilla de la Virgen de los Desamparados y dejaran a los pies de la Virgen un ramo de flores, en prueba de que la ciudad la hacía participe de su amor y entusiasmo”;

en Ros Fillol (1951): “La Ofrenda de Flores a la Patrona de los falleros a la Virgen”, *Falla del Foc*; véase asimismo de Ros Fillol (1952): “La Ofrenda de Flores a la Patrona”, *El Bunyol*, y Junta Directiva de Junta Central Fallera, 21 enero 1949, *Actas 1948-1949*, Archivo de Junta Central Fallera.

valenciana las Fallas apenas si incluían elementos propios de la liturgia católica, con excepción de las referencias de rigor al patronazgo de san José.

2.1. La Ofrenda nacional-católica

Las Fallas ya no fueron las mismas después de la invención de la Ofrenda, un acto que, basado en las ofrendas florales de las fiestas patronales tradicionales, se encuadraba dentro de una política general de manifestaciones religiosas ostentosas, muy comunes en la postguerra, que pretendían impresionar y aleccionar a las masas en la doctrina nacional-católica imperante. Pese a que las Fallas se celebraran teóricamente en honor a San José, a partir de 1945 el referente religioso de la fiesta se trasladó claramente a la Virgen de los Desamparados, dejando al patrón josefino en un discreto segundo plano⁴. Desde esta perspectiva, la creación de Ofrenda de Flores a la Virgen de los Desamparados se puede interpretar como una tradición inventada en los términos definidos por Hobsbawm y Ranger (1988), ya que implica la utilización y articulación de viejos materiales culturales para adaptarlos a objetivos nuevos: innovación disfrazada de continuidad y novedad disfrazada de antigüedad, y ambas al servicio, en este caso, de lo que se ha definido como la “fiesta autoritaria” (Gil Calvo, 1993)⁵.

La Ofrenda a la Virgen fue convenientemente presentada como una manifestación anual de fe multitudinaria, por lo que primaba su uso político-ideológico por parte de las estructuras locales del régimen⁶. La fiesta de las

4. Debe tenerse en cuenta que, aunque en 1951 se le erigiera a san José una estatua y se inaugurara la costumbre de realizarle una modesta ofrenda floral anual, la fiesta de la Virgen de los Desamparados se celebra en Valencia el segundo domingo de mayo, y tiene rango de fiesta patronal desde 1667. Además, la Virgen de los Desamparados es patrona del “Regne de València” desde 1961, por concesión del papa Juan XXIII. La fiesta de mayo a la Virgen posee un hondo arraigo en Valencia, donde concita actos masivos y espectaculares, como la *Missa de Descoberta*, la *Missa d’Infants*, *Trasllat* y *Processó* general (Hernández i Martí, 1999).

5. A partir de los trabajos de Hobsbawm y Ranger (1988) sobre “tradiciones inventadas”, nosotros mismos hemos interpretado la reorganización y resignificación de la fiesta valenciana por parte del régimen franquista como un proceso de invención de tradiciones; véase Hernández i Martí, G.M (1995): “El reivent d’una tradició. La festa de les Falles sota el franquisme”, *El Contemporani*, 6/7, pp. 54-61; y Hernández i Martí, G.M (2002): *La festa reinventada. Calendari, política i ideologia a la València franquista*, València, Universitat de València. Por su parte, Gil Calvo (1993) ha denominado “fiesta autoritaria” a la fiesta sobre la cual el poder ejerce tanto una heterodeterminación instrumental como una heterodeterminación, situación que en contextos políticos altamente autoritarios llega a su máxima expresión.

6. Debe señalarse, al respecto, que en los momentos de eclosión de la fiebre revolucionaria tras el golpe de 18 de julio de 1936 en Valencia, la cámara de la Virgen de los Desamparados fue asaltada por grupos anticlericales, quienes llegaron a atacar la imagen venerada, que fue sin embargo salvada de la destrucción por algunos concejales del Ayuntamiento republicano de la ciudad, quienes la ocultaron en el propio edificio consistorial. Sin embargo, las autoridades franquistas magnificaron el incidente, al presentarlo como un acto sacrílego, y por ello en la inmediata postguerra se fomentaron los actos de desagravio, como las misas de acción de gracias por la victoria en 1939, o la multitudinaria nueva coronación de la Virgen en 1941. Es pues, en este contexto de instrumentalización de la imagen de la Virgen de los Desamparados como expresión de la resistencia de los católicos valencianos ante la “horda roja”, donde se extendió el clima favorable para la invención de la Ofrenda de Flores.

Fallas, que ya había recibido un respaldo de la más alta autoridad en 1940 con el nombramiento honorífico de la hija del general Franco como Fallera Mayor de Valencia, vio significativamente ratificado dicho apoyo en 1952, cuando se produjo la visita de la esposa del Generalísimo, en honor de la cual se escenificó la Ofrenda ese año. Carmen Polo de Franco desfiló ante la Virgen mezclada con la Fallera Mayor y Corte de Honor, al tiempo que por megafonía se leían oraciones y se entonaba el Himno de la Coronación. Con este despliegue ritual, se testimoniaba el elevado rango oficial que en pocos años había adquirido el festejo de la Ofrenda.

En el nuevo contexto internacional surgido con la Guerra Fría, en el que la España franquista estaba llamada a representar el papel de “vigía de Occidente” ante la amenaza comunista, la Ofrenda pretendía traducir la vitalidad del “pueblo” sin fisuras, simbolizando una sólida armonía social propiciada por la religión católica. Por ello Godofredo Ros Fillol le dirigía unos especiales elogios en 1951, al considerar la Ofrenda como “el acto más poético, más conmovedor y más destacado de cuantos se realizan con motivo de la Semana Fallera”⁷. De este manera, magnificada cada año en la práctica y en la prensa, la Ofrenda se fue asentando como festejo entre festejos, desfile supremo cuya estructura iterativa componían las distintas comisiones con sus falleras, los falleros escoltando a las mujeres, cerrando cada comitiva la banda de música y reservándose para el final, a modo de apoteosis, el paso de los componentes de la Junta Central Fallera y la Fallera Mayor de Valencia. Se componía, así, un cuadro de masas movilizadas para la glorificación de la Virgen como símbolo de la profunda catolicidad de los valencianos. A la altura de 1953 la Ofrenda era definitivamente una tradición consolidada, un magno hito festivo oficialmente presentado como homenaje a la mujer y muestra fervorosa de religiosidad mariana. No en vano, el comentarista coetáneo Antonio Valero Alufre definía a la Ofrenda como una “gran plegaria colectiva”, siendo en su opinión el festejo fallero de características más perfectas, por plasmar a un tiempo lo material y espiritual de la fiesta⁸.

En 1954 la Ofrenda vio como se incrementaba la pugna entre comisiones por portar ramos, guirnaldas, canastos y tapices de flor más y más grandes. En años sucesivos no hizo más que aumentar la dimensión del desfile. En 1955 el diario *Levante* la catalogó como “el espectáculo más grandioso y deslumbrante que se celebra en España”⁹, mientras el festejo se superaba a sí mismo con una duración de cuatro horas y media y una participación de 4.000 falleras y un número proporcionalmente mayor de acompañantes. Ese año la novedad estribó en que los miembros de Junta Central Fallera desfilaron con el nuevo traje oficial de “fallero”, que por la uniformidad del negro

7. Ros Fillol (1951): “La Ofrenda de Flores a la Patrona de los falleros a la Virgen”, *Falla del Foc*.

8. Valero Azufre (1953): “Perfil y sueño de la Ofrenda”, *Libro Oficial Fallero*.

9. *Levante*, 19 marzo 1955.

utilizado contrastaba con el que se pretendía asociar a la mujer fallera. A ello se añadió una peculiar caravana de motos Vespa adornadas con flores, que acentuó los ribetes majestuosos de un acto que ganaba cada año en magnificencia y deseos de apabullar con su riqueza y barroquismo, a modo de expresión externa de una religiosidad temperamental y efectista.

La Ofrenda llegó a adquirir tal importancia que tras la fuerte helada de 1956, todavía fue posible conseguir flor natural cuando ya se pensaba que se depositarían flores de papel ante la Virgen. En aquellos años la Ofrenda se estaba convirtiendo en un catalizador ritual donde se plasmaba una proyección de las Fallas que excedía su ámbito puramente ciudadano para representar la “esencia valenciana”, glorificada con la apoteosis de la ciudad en fiestas arrodillada ante su máximo símbolo religioso, la Virgen de los Desamparados. Se fraguaba así una peculiar y totalizadora fusión entre Fallas, valencianidad y devoción religiosa, esencial para entender el giro que la nueva tradición de la Ofrenda experimentaría en los años setenta.

En 1957 la prensa local presentaba la Ofrenda de Flores como la máxima expresión popular y religiosa del pueblo valenciano; en ella se congregaban ya 10.000 participantes, razón por la cual los periódicos subrayaban que el acto estaba adquiriendo proporciones colosales. En 1958, tras la catástrofe de la *riuà* de octubre 1957, la Ofrenda sirvió de escaparate para escenificar la españolidad de Valencia y el agradecimiento al Estado por su ayuda tras el desastre¹⁰. Bajo el lema de “Valencia por España”, por la Plaza de la Virgen desfilaron las representantes de las regiones del Estado junto a algunas estrellas del momento como Carmen Sevilla, instante este que las cámaras del *NO-DO* inmortalizaron, dada su especial significación. Debe añadirse que tuvo también lugar una polémica entre el arzobispo de Valencia, el navarro Marcelino Olaechea, y las autoridades locales, ya que el primero era partidario de no celebrar las Fallas de 1958 en señal de luto por las víctimas de la riada. Tras la polémica se impuso el criterio de las autoridades civiles, pese a que el arzobispo amenazó con no autorizar el acto de la Ofrenda, dado el perfil religioso de éste. Lo bien cierto es que en la edición de 1959, recuperada la ciudad del impacto de la riada, la Ofrenda fue más gigantesca que nunca, resultando evidente la competición entre las comisiones en cuanto a número de personas oferentes y cantidades de flor aportada.

De forma paralela, en el seguimiento que la prensa general y especializada hacía de las Fallas, comenzó a apreciarse una cierta disminución en las referencias a la catolicidad de la fiesta, aunque seguían teniendo pleno sentido dentro del discurso nacional-católico del momento, de forma especial en lo referente al acto de la Ofrenda de Flores a la Virgen de los Desamparados. La propia *Memoria* de la Junta Central Fallera para 1958 expresaba que la Ofrenda constituía “la expresión más clara y rotunda de la

10. Tras unas intensas lluvias en el interior de la provincia de Valencia, el 14 de octubre de 1957 el río Túria se desbordó por dos veces sobre la ciudad de Valencia, ocasionando 59 muertos y miles de damnificados. El desbordamiento causó, asimismo, la destrucción de amplias zonas del centro histórico y barrios periféricos.

catolicidad de nuestra Fiesta y del amor que todos los falleros y valencianos sentimos por nuestra Excelsa Madre”. La orientación mariana de la fiesta, que superaba ya claramente a la josefina, se complementaba con la incitación a la caridad como “ejemplar exponente del cristiano vivir” y de la “espiritualidad” valenciana, que cada año practicaban las comisiones falleras con visitas y donaciones a asilos, colegios, hospitales y residencias¹¹. Sin embargo, un hecho ya comentado denotaría un primer punto de inflexión hacia la secularización de la Ofrenda; nos referimos a cómo el arzobispo Olaechea y la iglesia local perdieron la pugna con las autoridades civiles por el control de la fiesta. El arzobispo había insistido no sólo en no celebrar las Fallas de 1958 por razones de duelo, sino en trasladarlas en lo sucesivo a la fecha de 1 de Mayo, fiesta de San José Obrero, para así impedir que se desarrollaran recurrentemente durante la Cuaresma. Pese a las advertencias y declaraciones arzobispales, acabaron prevaleciendo las razones de las autoridades civiles, cada más preocupadas por los rendimientos políticos y económicos de la fiesta que por sus connotaciones religiosas. Y todo ello en un contexto en que el nacional-catolicismo comenzaba la cuesta abajo de la incipiente apertura y modernización de la sociedad española. Ciertamente, la Ofrenda se había postulado como expresión paradigmática de la catolicidad de las Fallas, pero en los albores del desarrollismo español eran otras funciones las que se reclamaban al desfile floral.

Al respecto resulta significativa la creciente difusión de las Fallas y de su Ofrenda por parte de los diversos medios de comunicación del momento, desde la radio a la prensa, pasando por la incipiente televisión. En los años sesenta se iniciaron las retrasmisiones en directo de los actos esenciales de las fiestas (Ofrenda y *Cremà* de las fallas), y proliferaron los reportajes exhaustivos con el fin básico de difundir las fiestas falleras bajo el nueva política de promoción turística y urbanística de la ciudad. También se sumaron publicaciones oficiales como el *Boletín de Información Municipal*, y los cada vez más números “extras” de los diarios de la capital y principales del Estado, prensa europea y latinoamericana, e incluso estadounidense.

2.2. La Ofrenda espectacular

Durante los años sesenta la Ofrenda se perfiló como eje central de la secuencia ritual fallera¹². En 1960 el desfile alcanzó entre 13.000 y 15.000 personas, que depositaron cinco toneladas de flor en la Plaza de la Virgen. Para la periodista María Francisca Olmedo la Ofrenda expresaba una “profesión de fe multitudinaria”; y a su juicio la Ofrenda reflejaba una interesante paradoja:

11. Ávila, J (1959): “La caridad en las fallas”, *Levante-Extraordinario de Fallas*.

12. Dicha secuencia se articula en la llamada *Setmana Fallera*, formada por los días centrales de las fiestas falleras. Creada en 1928, en realidad se reduce a los actos más destacados que tienen lugar entre el 13 y el 19 de marzo. Sin embargo, actualmente los festejos falleros comienzan con un mes de antelación a la fecha del acto de la *cremà*, ritual de fuego con el que concluye el ciclo fallero.

“es, quizás, la oración anual de quienes no rezan durante todo el año, pero, indudablemente, es una demostración del sincerísimo y arraigado fervor mariano de este pueblo”¹³.

De esta forma se exaltaba el singular componente religioso del acto, que al menos por su aspecto exterior, tenía más de ostentación y competición entre comisiones falleras que de profundo recogimiento mariano. En 1962 comenzaron a desfilar señoritas que aunque no formaban parte de las comisiones, participaban exclusivamente en la Ofrenda. Como consecuencia, el número de participantes aumentó, y con él la fama y resonancia social del festejo. Los periodistas locales lo corroboraban en sus artículos. Como ejemplo, baste citar que para R. Ferrando Llácer la Ofrenda de Flores representaba el “desfile más ordenado, deslumbrante que las fiesta de las fallas ofrece”¹⁴.

En la edición de 1963 desfilaron unas 20.000 personas, lo que hacía cada vez más compleja la problemática en materia de congestión de tráfico y masificación del centro histórico. La propia *Memoria* de la Junta Central Fallera se hacía eco de esta alarma cuando afirmaba que

“la Ofrenda comienza ya a producirnos verdadera inquietud en un sentido inverso. Su esplendor, su magnificencia, su grandiosa solemnidad, rebasan todas nuestras posibilidades de previsión y se nos está convirtiendo en algo incontenible”¹⁵.

Entretanto, las plumas periodísticas resaltaban los rasgos de la Ofrenda como reproducción sublimada de la imagen de Valencia, al tiempo que celebraban que el festejo se hubiera convertido ya en una “larga tradición”¹⁶. Apenas un año más tarde la Ofrenda duró siete horas, mientras decenas de miles de espectadores contemplaban el multitudinario desfile, que sobrepasó todas las previsiones anteriores¹⁷. En 1965, como consecuencia de las directrices del Congreso Fallero celebrado en 1964, se triplicó el itinerario a recorrer en la Ofrenda y sólo una férrea normativa logró contener las dimensiones expansivas del festejo. En 1966 acontecieron dos importantes novedades: por un lado, la Ofrenda comenzó a ser parcialmente televisada por Televisión Española; y en segundo lugar, comenzaron a incorporarse los niños y niñas falleros al desfile, lo que provocó que la prensa demandara la adopción de medidas que evitaran un gigantismo desmesurado. Este hecho condujo a que en 1967 la Ofrenda fuera dividida en dos fases; por la mañana desfilaban las comisiones infantiles y por la tarde las adultas, lo que convirtió a la Ofrenda

13. Olmedo, M.F (1961): “La Ofrenda de Flores”, *Levante-Extraordinario de Fallas*.

14. Ferrando Llácer, R (1962): “La Nit del Foc”, *Levante-Extraordinario de Fallas*.

15. *Memoria* de Junta Central Fallera, 1962-1963.

16. Véase, por ejemplo, Vasallo, J (1963): “La femenina Ofrenda de Flores”, *Levante-Extraordinario de Fallas*; y Belarte, J.M (1963): “Equilibrio”, *Levante-Extraordinario de Fallas*.

17. *Las Provincias*, 19 marzo 1964.

en un auténtico macrodesfile. No por casualidad, la nueva dimensión del acto fue una de las razones importantes para que ese mismo año el Ayuntamiento decidiera que las Fallas incorporaran un día más de fiesta¹⁸.

En 1968 un total de 35.000 falleros y falleras depositaron su ofrenda a lo largo de doce horas. En 1969 el número ascendió ya a 40.000 personas, pues debe tenerse en cuenta que durante los años sesenta nacieron numerosas comisiones, y tanto las ya existentes como las nuevas se hicieron mucho más estables y cuantiosas en asociados. En 1970 se volvieron a desbordar las previsiones y se dispuso que la ofrenda infantil se hiciera la tarde del 17 de marzo y la adulta la del día 18, reclamándose en prensa "disciplina y colaboración". Pese a todas las previsiones, la Ofrenda volvió a batir su propio récord y contó con la presencia de 55.000 individuos. Un año después, la Ofrenda jalonaba decisivamente el tiempo de la fiesta grande, arrastrando a 65.000 personas y aumentando su ya larga duración.

La Ofrenda, con su desmedido gigantismo, propició una progresiva desorganización y diversos incidentes entre los falleros oferentes y los conductores de vehículos. De ahí que *Las Provincias* afirmara en 1972:

"Las ofrendas (...) están necesitadas de una eficaz organización e incluso de una reforma. Una reforma que, a nuestro entender, sólo puede venir por el camino de la reducción de la multitudinaria concurrencia"¹⁹.

Pero en 1973 nuevamente el caos y desorden circulatorios volvieron a provocar las críticas de la prensa contra Ayuntamiento y Junta Central Fallera. La masificación hizo que los órganos rectores desdoblaran la Ofrenda en dos itinerarios, y durante estas discusiones ya casi no se oyeron voces que destacaran el sentido religioso o mariano del acto, sino sus importantes repercusiones materiales y el problema real de su desbordamiento. En la edición de 1974, pese a una lluvia torrencial, el colectivo fallero no dejó de desfilar en masa con sus estandartes, ante la admiración de propios y extraños. De esta forma quedaba demostrada la pujanza y arraigo conseguidos por la Ofrenda. Al cumplir los 30 años de existencia, ésta se había convertido no sólo en una consagrada tradición fallera, sino en la segunda tradición más importante de las Fallas, después de la erección y quema de los monumentos satíricos, imponiéndose incluso, en asistencia y relevancia, a otros rituales consolidados de las fiestas falleras.

Durante los años sesenta y primeros de los setenta había emergido una Ofrenda que en nada se parecía a las de los primeros años, un acto gigantesco en lo cuantitativo, foco relevante de atracción de visitantes y espina dorsal de la secuencia ritual fallera. En términos cualitativos, la Ofrenda nacional-católica de los años cuarenta y cincuenta había ido dejando paso a

18. Hasta entonces las fallas se plantaban la noche del 16 al 17 de marzo, pero a partir de 1967 pasaron a plantarse la noche de 15 al 16 de marzo.

19. *Las Provincias*, 21 marzo 1972.

un festejo progresivamente secularizado, en el cual los componentes y discursos religiosos descendieron a un segundo plano en beneficio de los aspectos más espectaculares y, como veremos posteriormente, en provecho de la celebración epifánica de la identidad fallero-valenciana.

3. LA OFRENDA DE FLORES COMO LITURGIA CIVIL DE LA IDENTIDAD FALLERO-VALENCIANA

Señalaba Ariño (1993:88) que

“una instrumentalización tendenciosa y partidista del valencianismo temperamental tan sólo se materializa en el tardofranquismo y durante el periodo de la transición democrática”.

Efectivamente, cuando a partir de los años setenta creció la oposición democrática al régimen franquista, y con ella cobraron fuerza los movimientos nacionalistas autóctonos de izquierda, desde las propias instancias oficiales de las Fallas se instrumentalizó el valencianismo fallero para ayudar a activar un regionalismo de derechas antinacionalista que frenara el avance de las fuerzas democráticas y valencianistas. En realidad, esta operación formaba parte de otra a mayor escala, que pretendía dificultar el avance de la transición democrática mediante el fomento de la tensión civil entre los valencianos a través del uso diferencial y ortodoxo de los símbolos (lengua, bandera, himnos, fiestas, iconos religiosos), entre los cuales se encontraban las Fallas. Lo que significaba que el dispositivo de totalización político-ideológica de las Fallas implementado por el franquismo, continuó siendo activado por sus propias fuerzas políticas en descomposición, obligadas a reconvertirse en formaciones políticas diversas ante el avance del proceso constitucional. Es así como, en parte sobre la base socio-cultural del valencianismo fallero, vio la luz un valencianismo ultraconservador y ultralocalista, enemigo de toda veleidad nacionalista, reacio a la normalización democrática de las instituciones, y profundamente funcional al discurso franquista de unidad nacional española.

La tensión civil a que dio lugar esta estrategia de la derecha local es conocida como la “Batalla de Valencia”, y opuso en bandos diferentes a las fuerzas nacionalistas y de izquierda (con el referente nacional de los *Països Catalans* o del *País Valencià*, la *senyera* cuatribarrada y la unidad de la lengua catalana), contra las fuerzas conservadoras regionalistas y la derecha clásica (con el referente de la *Regió Valenciana* i el *Regne de València*, la *senyera* con franja azul, la defensa de una lengua valenciana diferente del catalán y la apuesta por la españolidad de Valencia)²⁰. En la pugna simbólica que acom-

20. La acendrada defensa que el conservadurismo regionalista hizo de la *senyera* o bandera cuatribarrada con franja azul como bandera de la denominada desde 1982 como Comunidad Valenciana (en realidad se trata de la *senyera* o bandera municipal de la ciudad de Valencia), motivó desde las fuerzas de izquierda se etiquetara a los regionalistas como *blavers* o *blaveros* (por ser partidarios del *blau*, o color azul, que a su vez también poseía connotaciones fascistas).

pañó a la Batalla de Valencia, cuyos momentos más álgidos se vivieron entre 1979 y 1982, las Fallas se situaron claramente con el bando regionalista, al tiempo que en el bando contrario se las despreciaba como vivero de fascistas y españolistas. La radicalización del conflicto alejó a las Fallas del pluralismo ideológico y de la filiación republicana de antaño, y las ubicó de lleno en el regionalismo antinacionalista que alcanzó sus más amplias cotas de influencia política, social y cultural durante los años ochenta y noventa²¹.

En este turbulento ambiente la Ofrenda fallera de Flores experimentó a partir de finales de los años setenta una acusada transferencia de sacralidad desde sus orígenes vinculados a la recuperación de la religiosidad católica tradicional, ya bastante diluidos, hacia una nueva sacralidad civil de la identidad valenciana en clave regionalista. Y lo que es más importante, el giro hacia esa nueva sacralidad civil (valencianidad), acabó por configurar una nuevo culto a la propia y cada vez más relevante comunidad fallera, que podríamos etiquetar como *falleridad*. En esta nueva configuración, que también habría que poner en relación con el movimiento de revitalización de tradiciones que comenzaba a recorrer Europa (Boissevain, 1999), y con el propio movimiento local de recuperación del folclore valenciano (común a ambos bandos de la Batalla de Valencia), la Ofrenda de Flores se convirtió en la principal celebración autoreferencial del colectivo fallero imaginado, utilizando la figura de la Virgen como mediador simbólico trascendente y la figura de la Fallera Mayor como mediador simbólico civil en el ejercicio ritual de autoafirmación de la falleridad. Quedaba así manifiesta la pervivencia tardo-moderna de lo numinoso, transferido desde lo sobrenatural a lo profano y secular (Giner, 2001), al tiempo que se evidenciaba la enorme flexibilidad de la neotradición de la Ofrenda, rasgo este fundamental para su definitivo éxito en los años noventa.

La transformación referida constituye una manifestación de una tendencia propia de las formas festivas de la modernidad avanzada. Como ha subrayado José Ignacio Homobono (2004), se ha producido una transferencia de sacralidad desde la religión con lo sobrenatural, que delimita una definición restrictiva de lo sagrado, hacia el refuerzo de los vínculos sociales y de las identidades colectivas. El proceso de secularización que lleva a la crisis de la religión como legitimadora de lo social se ha plasmado en el auge de una religión civil que sacraliza la sociabilidad inherente a la vida social, uniendo voluntades y soslayando las diferencias segmentarias. Una religión civil "capaz de inscribir la fiestas en el universo de significado de la identidad local, étnica y nacional" (Homobono, 2004:19), donde aparece una nueva forma de trascendencia vinculada con la construcción de imágenes de la comunidad imaginada. En nuestro caso, se trata esencialmente de la representación a través de la Ofrenda de Flores a la Virgen de la comunidad imaginada de la falleridad, como expresión sublimada del colectivo de falle-

21. La acusación formulada por los regionalistas contra las fuerzas valencianas de izquierda, al tildarlas de "catalanistas", "separatistas" y antiespañolas, ha hecho que dicho regionalismo también se conozca en el País Valenciano como "anticatalanismo".

ros y falleras²². Éstos, a su vez, se reivindican como sostenedores morales de las Fallas y, por ende, de la *valencianía*, entendida como cualidad suprema del amor a la *terreta* y nervio central del valencianismo temperamental²³.

En tanto que “*performance* sobre la identidad”, el ritual festivo aparece como “aquella instancia de dramatización sobre la definición étnica de su pertenencia grupal” (Irazuzta, 2001:252), que en el caso de la Ofrenda de Flores implica la *performance* sobre una especie de “identidad *matriuska*” valenciana, o cúmulo de identidades superpuestas inclusivas, como son las identidades étnicas de la valencianidad genérica (del País Valenciano), de la valencianidad local (de la ciudad de Valencia), y las identidades de pertenencia festiva territorial (tanto del colectivo fallero de la ciudad como de la comisión fallera en particular) que definen el ámbito identitario de la falleridad. Si ciertamente la fiesta puede definirse como un dispositivo de representación cuya misión consiste en espectacularizar una determinada colectividad humana, mostrándola a sí misma y a los otros (Delgado 2003:43-44), la Ofrenda ritualiza la existencia trascendente de una “ciudad fallera” en el seno de una ciudad tardomoderna y plural abierta al escrutinio global.

La *communitas* fallera se revive ritualmente en la confluencia masiva de la casi totalidad de comisiones falleras que integran el censo fallero (unas 380 actualmente) en la Plaza de la Virgen, centro simbólico de la ciudad de Valencia, núcleo fundacional de la misma y base de partida para los grandes eventos festivos tradicionales (Corpus Christi, Virgen de los Desamparados), que actualmente concitan las adhesiones masivas a los nuevos cultos civiles (celebraciones de los triunfos deportivos del València C.F, Llevant U.E y Pamesa València).

Tras el fuerte incremento de los asistentes a la Ofrenda producido entre los años sesenta y setenta, el desfile ha visto incrementar su volumen todavía más en los últimos treinta años, si bien de una forma más moderada. Así, si en 1996 se alcanzó la cifra de 90.422 asistentes, observamos que en 1998 descendió a 83.924, para ascender posteriormente a 92.973 (en 2002) y bajar ligeramente a 92.217 en 2004²⁴. En todo caso, el porcentaje

22. En la actualidad, el colectivo fallero censado ronda las 100.000 personas en el área metropolitana de Valencia (lo que representa casi al 10 % de su población), cifra a la que habría que sumar otros 100.000 individuos en el resto de ciudades y localidades que celebran las Fallas en el País Valenciano.

23. No se ha trabajado demasiado el interesante concepto de “valencianía”. En su momento, Josep Vicent Marqués (1979) definió la “valencianía” como antítesis y negación regionalista de un nacionalismo valencianista. Con todo, la “valencianía” habría de ser valorada en términos de una orgullosa afirmación identitaria tramada con la emotividad festiva, y disponible por su ambigüedad para diversas interpretaciones de la etnicidad.

24. Las cifras reseñadas para los años noventa y primeros del siglo XXI están extraídas de informes bastante fiables proporcionados por los recuentos que realiza la Policía Local de Valencia durante el desfile. Por el contrario, las cifras de la Ofrenda de los años del franquismo adolecen de esta fiabilidad, y da la impresión de que pueden estar un poco hinchadas por las informaciones de prensa. Sin embargo, este hecho no desdibuja el crecimiento gigantesco experimentado durante estos años por la Ofrenda.

de comisiones falleras presentes en la Ofrenda se suele situar en el 99,4 % del total de comisiones existentes en la ciudad, lo que da muestra de la unanimidad de la adhesión al acto que actualmente ocupa el 25 % del tiempo festivo más importante e intenso de la Semana Fallera (las 96 horas que transcurren entre los días 16 y 19 de marzo).

Junto al acto de Presentación de la Fallera Mayor²⁵ de cada comisión, la *plantà* de las fallas (en la madrugada del 15 al 16 de marzo) y la *cremà* de la falla la noche del día 19 de marzo, la Ofrenda completa el cuarteto de actos centrales de la secuencia ritual fallera. Actualmente la Ofrenda se desarrolla los días 17 y 18 de marzo desde primeras horas de la tarde hasta altas horas de la madrugada. Según la tipología elaborada por Delgado (2003:53-54) sobre las diversas modalidades de usos festivos del espacio público, la Ofrenda de Flores constituiría un *transcurso cósmico*, es decir, un desplazamiento de grupos humanos por un recorrido preestablecido de la red viaria, en los cuales la configuración social efímera se comporta de manera ordenada, reproduciendo dramáticamente los términos ideales de la distribución de posiciones en el seno de la estructura social. En efecto, la Ofrenda de Flores aparece planteada y normativizada como una masiva deambulación pública que transcurre mediante un orden que separa claramente niños y adultos, hombres y mujeres, vocales y directivos, falleros y no falleros, comisiones pobres y comisiones ricas, realidad urbana y nostalgia rural, modernidad y tradición.

Las comisiones, células madre de la sociabilidad fallera, se concentran en las calles principales por las que entra directamente al centro histórico de Valencia. En este punto el personal cualificado de la Junta Central Fallera organiza el desfile, cuya estructura aparece escrupulosamente reglamentada desde las propias instancias institucionales de representación de la fiesta. Cada comisión comienza a desfilar por la zona céntrica que conducirá a la Plaza de la Virgen en un riguroso orden de prelación: abre el desfile el estandarte-insignia de la comisión infantil, le siguen los niños más pequeños, algunos de ellos en brazos de sus madres o en carritos infantiles; posteriormente aparecen las niñas, ordenadas por edad, que portan ramo de flores y a las que siguen los niños por el mismo orden. Entre las niñas y niños se sitúa la fallera mayor infantil, acompañada a distancia por el presidente infantil de la comisión. Posteriormente aparece el estandarte-insignia de la comisión adulta, a la que siguen las mujeres con sus ramos de flores, la fallera mayor con el presidente de la falla y los miembros masculinos, algu-

25. La figura simbólica de la fallera mayor nace se oficializa en 1931 con el nombre de "belleza fallera" o "reina fallera". Con el advenimiento de la Segunda República cambia la denominación a "fallera mayor". Existe una fallera mayor de cada comisión y una Fallera Mayor de Valencia, y desde 1936 una Fallera Mayor Infantil de Valencia. La *Fallera Major* viene a ser una reina simbólica de la fiesta tanto a escala de barrio como de ciudad, y su prestigio ciudadano y festivo no ha hecho más que crecer desde los años cuarenta. En el acto de Presentación de la Fallera Mayor, que se suele celebrar en un teatro, se exalta a la mujer que lo ostenta ese año mediante toda una representación dramática donde se mezclan la música, el baile, el sainete, las poesías y los efectos especiales de luminotecnia. Un análisis pormenorizado del ritual se puede hallar en Dianteill (1998).

nos de los cuales portan a hombros una canastilla artística con flores para la Ofrenda. Cierra el acto la banda de música. Eventualmente también pueden aparecer en la marcha otros elementos simbólicos como la *Senyera* de la ciudad o reproducciones de la Virgen de los Desamparados, que refuerzan la emotividad identitaria del desfile.

Como ha hecho notar Costa (2003:34-38), la Ofrenda pasa por una serie de fases que siguen una lógica de tensión y distensión iterativa. Existe una primera fase de preparación, con el pasacalle de gala por la demarcación urbana de la comisión, a la que sucede una segunda fase de pasacalle desenfadado que se dirige al centro de la ciudad. En la tercera fase el pasacalle se adentra en la zona céntrica con un gran orden y rigidez. Este desfile da paso a una cuarta fase que representa el momento culminante de la Ofrenda, con la banda de música tocando el pasodoble "Valencia" del maestro Serrano, y la comisión entrando en la Plaza de la Virgen, cuyo nombre, como el de sus falleras mayores, es anunciado por la megafonía oficial. Ya en la plaza los componentes de la comisión depositan sus flores a los pies de una gigantesca imagen de la Virgen de los Desamparados, en realidad una enorme estructura de madera reticulada apta para configurarse como un gran tapiz de flores tridimensional. En ese momento se desbordan las emociones y se produce el acto de comunión entre falleros, falleras, Virgen, Valencia, comunidad fallera y comisión. Tras los instantes extáticos de fusión entre valencianidad y falleridad, durante los cuales se consume la Ofrenda como "efervescencia colectiva" (Durkheim, 2003:343) de la identidad fallera, la comisión inicia un quinta fase de relajamiento, que se aprecia en la interpretación de músicas más festivas y en la disolución del orden de desfile, pues ahora se mezclan ya hombres y mujeres. Finalmente, la comisión vuelve a su barrio y se reúne en su casal²⁶ para descansar. Tras el desfile de las comisiones de la ciudad, lo hacen la Fallera Mayor Infantil y la Fallera Mayor de Valencia, acompañadas por componentes de Casas Regionales y los miembros de la Junta Central Fallera. A diferencia de las falleras mayores de comisiones, las Falleras Mayores de Valencia ofrecen directamente su ofrenda en el interior de la Basílica de la Virgen, siendo recibidas por el arzobispo de Valencia. Conviene recordar, no obstante, que la Ofrenda es organizada por el Ayuntamiento de la ciudad, a través de la Junta Central Fallera, y no por la Iglesia Católica, que actualmente sólo mantiene en ella una presencia testimonial²⁷.

En los últimos años, la centralidad y dimensiones masivas de la Ofrenda de Flores han generado una amplia polémica en el mundo fallero, pues se ha estado debatiendo sobre la posibilidad de, o bien incrementar las vías de

26. Local social permanente de la comisión fallera sito en su demarcación.

27. Aunque oficialmente todavía se resalta la dimensión religiosa clásica de la Ofrenda, lo bien cierto es que durante su transcurso aparecen comportamientos que la relativizan, pues desvelan un lado más desenvuelto e incluso carnavalesco, como sucede con la ingesta de alcohol y comida, fumar tabaco u otras sustancias, los bailes entre hombres y mujeres, las fotografías festivas, los cánticos licenciosos, las bromas con los músicos u otros usos relajados.

acceso al área central del acto, realizar la Ofrenda en horario de mañana y tarde, o descomponerla en tres días. Hasta el momento se ha optado por mantener la estructura actual, que ocasiona evidentes problemas de tráfico y congestión humana durante los días grandes de la fiesta, cuando la ciudad recibe centenares de miles de visitantes, las calles están cortadas en su mayoría y se hace difícil la convivencia entre los ciudadanos participantes en la fiesta y aquellos que tienen que seguir con sus ritmos laborales ordinarios. En todo caso, la relevancia que este debate sobre la Ofrenda tiene no sólo en el mundo fallero sino en el conjunto de la ciudadanía y la institución municipal, demuestra la pujanza, relieve e impacto de la celebración.

En relación con dicho fenómeno no debe sorprender que los diversos trabajos de campo realizados sobre la Ofrenda muestren que ésta se ha convertido para el colectivo fallero en el eje central de la fiesta, por encima incluso de la propia falla-monumento²⁸. La que podríamos definir como "ofrendización" de las Fallas comienza a hacerse evidente a mediados de los años ochenta, y no ha hecho más que acentuarse en la última década. Tanto es así, que podríamos sostener que el papel que durante años tuvieron las fallas-catafalco, los himnos y las *senyeres* como elementos condensadores de la liturgia civil del valencianismo temperamental, se ha transferido en los últimos veinte años al acto de la Ofrenda. En realidad, la flexibilización de la tradición de la Ofrenda se explica por una triple transformación acaecida al tiempo que se producía la intensificación del proceso de modernización y secularización: en primer término, se ha producido una transferencia de sacralidad desde la esfera religiosa tradicional a la esfera civil del culto valencianista; en segundo término, se ha producido el tránsito de la centralidad condensadora de las fallas a la centralidad condensadora de la Ofrenda como aglutinador simbólico de la identidad fallero-valenciana; finalmente, la Ofrenda, festejo de carácter originariamente local, se ha ido proyectando hacia la dimensión global a través de la acción del turismo y los medios de comunicación²⁹.

En la explicación de esta triple transformación de la Ofrenda cabría apuntar la acción combinada de diversos factores. En primer lugar debe mencionarse la propia intensificación del proceso de secularización de la sociedad valenciana y española, con el consiguiente decaimiento de la religión como legitimadora de lo social y la aparición de una religión pluralista y electiva.

28. Los diversos y fragmentarios estudios de campo sobre la Ofrenda están basados en observación participante, entrevistas a falleros y falleras y análisis de entrevistas periodísticas a participantes destacados, especialmente a falleras mayores. Al respecto puede verse nuestra colaboración en Costa-Hernández i Martí (1998). Con todo, resta todavía por acometer un estudio de campo sistemático sobre la Ofrenda.

29. Estas mismas transformaciones (transferencia de sacralidad de un ritual religioso tradicional a la moderna religión civil de la identidad étnica) se pueden encontrar en otros casos de fiestas estudiados, como ocurre, por citar sólo algunos ejemplos, con las romerías a la ermita de Santa Águeda en Barakaldo, provincia de Bizkaia (Homobono, 1999), la peregrinación de Catí a Sant Pere de Castellfort, provincia de Castelló (Centelles, 1998) o las celebraciones ígnicas de la noches de San Juan en los países catalanohablantes (Monferrer, 2000).

En segundo lugar hay que apuntar al enorme crecimiento de la fiesta fallera, tanto en términos cuantitativos (aumento de comisiones y extensión de la fiesta por el País Valenciano), como en términos cualitativos (fallerización del calendario festivo de la ciudad de Valencia e intensa participación del colectivo fallero en estas otras fiestas). Como consecuencia, ha crecido la importancia social, económica y política del colectivo fallero, así como su autopercepción como identidad cohesionada en un entorno en ocasiones hostil a su expansión³⁰. En tercer lugar debe señalarse la eclosión, durante la problemática transición local, de un regionalismo valencianista que, al tiempo que se ha situado dentro de las estrategias políticas de la derecha en su intento por cortocircuitar el progreso de las fuerzas de izquierda y nacionalistas, ha participado en una cierta revitalización de aspectos patrimoniales de la fiesta, como la recuperación y revitalización de la indumentaria tradicional o del teatro y poesía en lengua valenciana. A su vez, la convergencia entre identidad fallera e identidad valenciana ha consolidado el culto civil del valencianismo temperamental.

A estos tres factores hay que añadir tres más, dos muy relevantes y uno fundamental. Los dos primeros se refieren a la conversión de la fiesta fallera (y de la Ofrenda como acto central) en un espectáculo consumible, tanto por la industria turística como por los medios de comunicación, aspecto que trataremos en el último apartado. En cuanto al factor restante, alude a la trascendencia que ha tenido en Valencia la democratización de la figura de la Fallera Mayor. Nombrada desde 1940 entre los vástagos de las familias más adineradas o poderosas de la ciudad, a partir de 1980 comenzó a elegirse entre diversas candidatas provenientes de todas las comisiones falleras. Y si bien es cierto que en la mayoría de los casos las elegidas siguen perteneciendo a familias de clase alta o media-alta, la figura de la Fallera Mayor ha ganado en legitimidad, prestigio y centralidad simbólica dentro del mundo fallero³¹. Este hecho ha resultado esencial de cara la proyección de la Ofrenda, ya que en ésta la fallera mayor actúa como condensador y transmisor privilegiado del vínculo entre la Virgen como símbolo totémico de la identidad valenciano-fallera y el colectivo fallero³². En todo caso, cabe añadir, no se trata tanto de que la identidad fallera utilice la Ofrenda para escenificarse, sino al contrario, ya que la identidad fallera acaba siendo el resultado producido por la eficacia ritual de la Ofrenda. Pues como ha sostenido Delgado (2000: 91):

30. Durante los últimos veinte años ha venido desarrollándose una creciente polémica entre el colectivo fallero, que defiende las virtudes que la fiesta tiene para la ciudad y el esfuerzo que su participación representa, y una cierta actitud "antifallera", en ocasiones militante, de grupos o asociaciones que critican el gigantismo de la fiesta y la desconsideración del colectivo fallero para el resto de los ciudadanos, al invadir las calles con sus festejos. Hasta el punto de que muchos "antifalleros" defienden y practican la "huída" de la ciudad durante la *Setmana Fallera*.

31. Buena prueba de ello es que una gran mayoría de los actos rituales que celebran tanto las comisiones como la Junta Central Fallera gira alrededor de la Fallera Mayor.

32. No en vano, en un gran número de entrevistas realizadas por distintos medios de comunicación a falleras mayores de Valencia o de comisión, éstas subrayan la importancia que tiene la Ofrenda en la fiesta, en su reinado y en su propia vivencia del cargo de Fallera mayor.

“La identidad sólo puede vivirse como una realidad exenta y autónoma en el discurso que la fiesta enuncia, esto es, en su propio simulacro, fuera del cual la identidad se desvanece o se mantiene como una latencia sentimental”.

En tanto que símbolo puente de la valencianía y la falleridad, la Virgen de los Desamparados “ampara” y acoge a los “buenos valencianos” (y los falleros son los “mejores” y más “fieles”) frente a los indiferentes o “despersonalizados”. En la celebración reflexiva de la falleridad, la mujer sacralizada (la Fallera Mayor), la “elegida” (en el doble sentido de elegida por el “pueblo” y elegida como la mejor entre las mujeres falleras) deviene sacerdotisa ambulante de la liturgia que une en comunión al pueblo fallero con la Virgen. Hasta el punto de que se podría aventurar que la principal función de la Fallera Mayor es “brillar” en el desfile de la Ofrenda, pues constituye, verdaderamente, el eje de la comisión y de la ciudad en la Ofrenda. Al depositar las flores ante la Virgen se produce la ceremonia de la consagración; de la misma manera que en la misa cristiana por mediación del sacerdote un trozo de pan y un vaso de vino se transmutan en cuerpo y sangre de Cristo, en la Ofrenda, por medio del oficio deambulatorio de la Fallera Mayor, acompañada por todas las demás mujeres, el ramo depositado ante la Virgen se convierte en el nexo sacral que une a la Virgen con su pueblo. Es más, significativamente, el cuerpo adorado de la Virgen, tótem venerado de la valencianía y la falleridad, se va confeccionando con los miles de ramos aportados por las Falleras, ya que los canastillos llevados por hombres se depositan en los lados. De esta forma, las falleras (comandadas por su “reina”) se convierten en galvanizadores de la sacralidad, al tiempo que la construyen reflexivamente con sus ofrendas (los ramos de flores). A lo que debe añadirse el significado metafórico aportado por la flor, que designa tanto a la flor-niña, a la mujer virgen (la joven sin desflorar) como a la mujer “florecida” (mujer adulta y mujer madre), que “donan” votivamente su feminidad en el centro simbólico de la “ciudad de las flores”. Se produce así la cálida fusión de tres símbolos: la Mujer Celestial (la Virgen), la Mujer Tierra (las flores) y la Mujer Humana (las falleras), y la fuerza resultante de esta fusión va directamente a reforzar tanto la apoteosis de la falleridad como el papel crucial de la mujer como cohesionadora simbólica de la identidad fallera. Significativamente, la deferencia ritual masculina se pone al servicio de un discurso consolidado de exaltación de la mujer fallera como sinónimo de la “buena” mujer tradicional, que encuentra en la fallera oferente su máxima expresión³³. Las Fallas se autocelebran, por tanto, como expresión “femenina”, pero su feminidad no deriva tanto de las fallas-catafalco como de las “reinas” falleras que representan sublimemente a las comisiones que plantan las fallas.

33. Como hemos mostrado en otro trabajo, en la cosmovisión fallera existe un triple discurso sobre la mujer; por un lado aparece la censura de la mujer moderna y “liberada”, que cuestiona el dominio de género masculino; en segundo término, se despliega un discurso donde se presenta a la mujer como objeto de deseo sexual del hombre; finalmente, se exalta a la mujer fallera como ejemplo virtuoso de la mujer tradicional, sumisa y subordinada a la autoridad masculina (Hernández i Martí, 2000).

La fuerza de esta visión mítica trinitaria de la mujer celestial, floral-natural y humana se aprecia en las expresiones escritas que año tras año producen las Fallas o se generan desde importantes instituciones y medios de comunicación. Como muestra paradigmática, tan sólo mencionaremos la opinión que en 2003 expresó el profesor Justo Nieto, ex-rector de la Universidad Politécnica de Valencia y actual *conseller* de Empresa, Universidad y Ciencia de la Generalitat Valenciana, en su intervención como mantenedor de la Fallera Mayor de Valencia de ese año, Vanessa Lerma Navarro. Para Justo Nieto la Ofrenda se convierte en magna expresión de feminidad:

“Por el amor que se emana y se imana desde la feminidad, símbolo en la mujer valenciana por una triple extensión: en la identificación de ella misma, en cuanto madre y amparo, con la *Mare de Deu*; en su realidad como mujer valenciana de excepcional temple y belleza, y finalmente, en la niña fallera como garantía de continuidad”.

En las Fallas, a través de la Ofrenda se desarrolla el “rito de la vida”, donde destaca el

“amor sin medida que une en el rito a la mujer virgen, a la mujer madre, a la mujer joven, a la mujer niña. Esta manifestación de amor pleno, del pueblo sencillo, es el motor de las Fallas” (Nieto, 2004: 85)³⁴.

4. LA OFRENDA EN EL CONTEXTO DE LA GLOCALIZACIÓN CULTURAL

Un último giro para entender la transformación de la Ofrenda en las últimas décadas tiene que ver con la intensificación del proceso de globalización, que trae aparejado en la esfera de la cultura una creciente desterritorialización de las localidades (Tomlinson, 2001), así como la experiencia vivida de la glocalización (Robertson, 2000), entendida como interacción dialéctica entre lo global y lo local. No es el momento aquí de explayarse sobre este particular, pero sí de apuntar brevemente el impacto que los fenómenos de la mediatización y la turistización han tenido en la percepción de la Ofrenda, y por extensión de las Fallas.

Como ha mostrado Crespi i Vallbona (2002:355) para el caso de Catalunya, el maridaje entre la dinámica identitaria y la dinámica del mercado en expansión en la fiesta es un hecho. Por lo que respecta a la Ofrenda, su inclusión como acto central en la oferta turística que Valencia singulariza con sus Fallas, así como la cantidad de medios de comunicación (radios, televisiones, prensa, páginas web) que dan cuenta de ella, la han proyectado más allá de sus dimensiones estrictamente locales. Convertida en una “experiencia mediada” como otras tantas de la modernidad (Thompson,

34. Nieto, J (2004): “Discurso del Mantenedor D. Justo Nieto Nieto en la Exaltación de la Fallera Mayor de Valencia, Vanessa Lerma Navarro”, *Libro Fallero*, Valencia, Junta Central Fallera pp. 84-87.

1998), la Ofrenda y su entorno iconográfico han ido difundiéndose en el exterior una determinada imagen festiva de Valencia, así como del mundo fallero, un mundo que al tiempo que celebra su epifanía con la Ofrenda se sabe contemplado a distancia como grupo “genuinamente” valenciano. Este grupo es, a su vez, objeto de la mirada topificada de los turistas y del público global, por lo que en ocasiones los elementos más característicos de la comunidad mítica fallera (las falleras, la Ofrenda), se constituyen en iconos folklóricos banalizados por las grandes industrias culturales, ante la sorpresa o indignación de los guardianes de la tradición fallera³⁵.

En todo caso, y ya para concluir, bien podemos concebir la Ofrenda, en cuanto ritual, como un “texto de contextos” (Irazusta, 2001), esto es, como un catalizador social fundamental, a través del cual se expresan los contextos históricos y sus significaciones sociales. Ciertamente, la Ofrenda aparece como un “contexto de dramatización” donde se escenifica la identidad fallero-valenciana, al tiempo que traduce en su flexibilización como tradición los diversos contextos temporales (nacional-catolicismo, desarrollismo, transición, globalización) por los que ha atravesado la sociedad de la ciudad de Valencia. En última instancia, cabría añadir, la vertiente glocal de la Ofrenda fallera constituye la última frontera de una tradición flexible y extensible. Una tradición fluida capaz de aunar en un sólo ritual la expresión unánime de la identidad festiva y la transnacionalización incierta de un patrimonio festivo de raigambre local.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÑO, A. (1992): *La ciudad ritual. La fiesta de las Fallas*, Barcelona: Anthropos.
- ARIÑO, A. (1993): *El calendari festiu a la València contemporània (1750-1936)*, València: IVEI.
- BOISSEVAIN, J. (1999): “Notas sobre la renovación de las celebraciones populares públicas europeas”, *Arxius de Sociologia*, 3, pp. 53-67.
- CENTELLES, G. (198): *Evolución de un ritual. La peregrinació de Catí a sant Pere de Castellfort*, Castelló de la Plana: Diputació de Castelló.
- COSTA, X. y HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.M. (1998): “The Offering of Flowers to the Virgin in the Festival of the Fallas of Valencia”, *International Sociological Association Conference*, Montreal.
- COSTA, X. (2003): *Sociabilidad y esfera pública en la fiesta de las Fallas de Valencia*, Valencia: Biblioteca Valenciana.
- CRESPI I VALLBONA, M. (2002): *L'activitat festiva popular en l'era de la mundialització: el cas de Catalunya*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona.
- DELGADO, M. (2000): “La ciudad y la fiesta: afirmación y disolución de la identidad”, en GARCÍA CASTAÑO, F.J.: *Fiesta, Tradición y Cambio*, Granada, Proyecto Sur, pp. 73-96.

35. Sirvan como ejemplos el polémico tratamiento que la figura de la fallera ha recibido en el film *Misión Imposible 2* (John Woo, 2000), o en la campaña del Movimiento Coca-Cola en España de 2003, lo que ha motivado airadas protestas de algunos sectores del colectivo fallero.

Hernández, G.-M.: El triunfo de la tradición flexible. La celebración de la identidad fallera a ...

- DELGADO, M. (coord.) (2003): *Carrer, festa i revolta. Els usos simbòlics de l'espai públic a Barcelona (1951-2000)*, Barcelona: Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya.
- DIANTEILL, E. (1998): "La presentació i exaltació de la fallera major, un ritu espanyol de transmissió simbòlica", *Revista d'Estudis Fallers*, n.4, pp. 30-41.
- DURKHEIM, E. (2003): *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid: Alianza Editorial.
- GIL CALVO, E (1991): *Estado de fiesta*, Madrid: Espasa Calpe.
- GINER, S. (2003): *Carisma y razón. La estructura moral de la sociedad moderna*, Madrid: Alianza Editorial.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.M. (1993) "Nacional-Catolicismo y calendario festivo en Valencia", AA.VV., *Actas del Congreso Internacional El Régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*, Madrid: UNED, pp. 531-541.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.M. (1995): "El reivent d'una tradició. La festa de les Falles sota el franquisme", *El Contemporani*, 6/7, pp. 54-61.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.M. (1996a): *Falles i franquisme a València*, Catarroja: Afers.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.M (1996b): "Valencianismo fallero, franquismo y transición en Valencia", en SOTO, A. et.al: *Historia de la transición y consolidación democrática en España*, Madrid: UNED, vol. II, pp. 567-578.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.M. (1999): "La Festa de la Mare de Déu dels Desemparats", en ARIÑO, A-SALAVERT, V: *Calendari de Festes de la Comunitat Valenciana*, València: Fundació Bancaixa, vol. I, pp. 199-223.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.M. (2000): "La dona en l'imatginari col·lectiu de les falles de València durant el franquisme: un cas de reproducció cultural popular", en BARRULL, J - BOTARGUES, M: *Història de la cultura: producció cultural i consum social*, Lleida, Institut d'Estudis Ilerdencs, pp. 291-303.
- HERNÁNDEZ I MARTÍ, G.M. (2002): *La festa reinventada. Calendari, política i ideologia a la València franquista*, València, Universitat de València.
- HOBSBAWM, E.J. y RANGER, T. (1988): *L'invent de la tradició*, Vic, Eumo, pp. 13-25.
- HOMOBONO, J.I. (1999): "El santuario de Santa Águeda en Barakaldo (Bizkaia). Religiosidad popular, expresiones lúdicas y culto cívico en torno a sus romerías", en RODRÍGUEZ BECERRA, S. (coord.): *Religión y Cultura*, Sevilla: Consejería de Cultura y Fundación Machado, vol. II, pp. 89-114.
- HOMOBONO, J.I. (2004): "Las formas festivas de la vida religiosa", Alicante, *VIII Congreso Español de Sociología*.
- IRAZUZA, I. (2001): *Argentina: una construcción ritual. Nación, identidad y clasificación simbólica en las sociedades contemporáneas*, Bilbao: Universidad del País Vasco.
- MARQUÉS, J.V. (1979): *País perplex*, València: Tres i Quatre.
- MONFERRER, A. (2000): *La nit de sant Joan*, València: Consell Valencià de Cultura.
- ROBERTSON, R. (2000): "Globalización: tiempo-espacio y homogeneidad-heterogeneidad", *Zona Abierta*, 92/93, pp. 213-241.
- THOMPSON, J. B. (1998): *La modernidad y los media. Una teoría de los medios de comunicación*, Barcelona: Paidós.
- TOMLINSON, J. (2001): *Globalización y cultura*, México: Oxford University Press.